

AGUIRRE AGUADO

ATANASIO DE LA CRUZ AGUIRRE y AGUADO, había nacido en Montevideo el 3 de mayo de 1801, y era uno de los hijos de MARTÍN de AGUIRRE y GAVIRIA, natural de la villa de Escoriaza, en Gipúzkoa, y de JUANA MARIA AGUADO, nacida en el Real de San Carlos. MARTÍN de AGUIRRE, nacido en 1744, era de ilustre prosapia, pero llegó a las playas del Plata sin un cobre, hacia 1770, y se instaló en Montevideo.

Trabajó como carpintero y prosperó de forma tal que pudo poner un estanco de tabaco en la fortaleza de Santa Teresa, que le permitió reunir una pequeña fortuna. El 7 de enero de 1786 contrajo matrimonio con Juana María Aguado, (hija del militar palentino Juan Antonio y de la montevideana Josefa Morales)

Tuvieron once hijos, dos de los cuales de actuación pública destacada; uno fue Atanasio de la Cruz y el otro Jose Martín, nacido en 1804, fue militar y participó en los combates de la independencia. Vivieron en una hermosa quinta del Reducto, donde falleció Martín de Aguirre y Gaviria hacia 1830. Su viuda seguía habitando la casa solariega en 1832, con tres hijas solteras : Maria de las Nieves, Águeda y Sebastiana, ocho esclavos, dos charrúas agregados y un peón.

Atanasio de la Cruz fué un joven muy apuesto, con fama de galanteador empedernino; tuvo una educación media y se integró rápidamente a las luchas de

su tiempo bravío; tenía 10 años cuando estalló la revolución anticolonial, pero se sumó con prontitud a los combates y en 1825, con 24 años, había logrado destaque suficiente como para ser designado oficial de la Comisaría General de Guerra en el movimiento que acaudillaba Juan Antonio Lavalleja. Su firmeza de carácter y el apoyo que siempre le prestó Manuel Oribe le permitieron ascender

E. Jorge Arin Ayphassorho

con rapidez; en 1826 quedó a cargo de la Comisaría, en 1828 fue designado comisario particular y el 2 de noviembre de 1833 comisario general.

Más allá de su despejada inteligencia y de su personalidad, Atanasio de la Cruz no fue un joven brillante, y era difícil suponer que llegaría tan alto. Responsable, con capacidad de mando, parecía el perfecto segundón. Al llegar a la presidencia, Oribe lo mantuvo en su cargo de comisario, y el joven no le falló; participó en los combates de la sublevación riverista, (Carpintería, Palmar), y marchó al exilio cuando el presidente se vio forzado a resignar el mando. Regresó después de Arroyo Grande y se unió al gobierno del Cerrito, con cargos políticos y militares.

Después de la culminación de la Guerra Grande, y ya estrechamente vinculado al partido Blanco, fue electo diputado por Minas en 1852. Ocupó luego la Presidencia de esa cámara. Apoyó sin fisuras al gobierno de Juan Francisco Giró, y al producirse la caída de éste, en 1853, el Triunvirato que asumió el gobierno lo desterró por segunda vez. Emigró a Buenos Aires, donde vivió con estrecheces, y regresó en 1856, después del pacto de la Unión.

Diputado por Paysandú en 1858, miembro del Consejo Consultivo establecido por el presidente Gabriel A. Pereira y senador por Salto en 1861 fue electo presidente del Senado. Al producirse, durante el gobierno de Bernardo Berro, la oposición entre “amapolas” y “vicentinos”, tomó partido por los primeros, lo cual lo enfrentó con el presidente de la República. Pese a ello, cuando éste terminó su mandato constitucional con el país conmovido por la guerra civil, (Venancio Flores, con apoyos de Brasil y los unitarios argentinos, había invadido

el 19 de abril de 1863), asumió la Presidencia con carácter interino y por el lapso de un año, el 15 de febrero de 1864. Tres días antes, a los 63 años, había contraído matrimonio con Rosario Carrasco Rodríguez y Martínez (hija de Marcos Carrasco Rodríguez y de María Camila Martínez, viuda del coronel Florencio Olivera. No dejaron descendencia, y ni siquiera pudieron disfrutar de su luna de miel.

Al asumir la primera magistratura Aguirre estaba sensiblemente avejentado: “Su cabeza parecía de algodón. Arrugado, débil, como si tuviera noventa años...estaba viejo, viejísimo, derrumbado como inválido en esa butaca victoriana tapizada de furioso carmesí, con una pluma en la mano, esperando que la espada de Damocles se descuelgue de una vez y le abra en dos partes el cráneo”.

Quien haya supuesto, sin embargo, que aquel presidente accidental y proyecto sería un títere fácil de manejar, se equivocó de medio a medio. Sumido en el centro de una vorágine espantable, Atanasio Aguirre mostró la fibra y la potencia de un león. Conformó un gabinete enteramente blanco, con personalidades de fuste : Andrés Gómez en Guerra y Marina, el joven Eustaquio Tomé en Hacienda, Antonio de las Carreras en Relaciones Exteriores y Silvestre Sienna en Gobierno. Más tarde Juan José de Herrera asumiría el Ministerio de Relaciones, cuando el hasta entonces titular, Antonio de las Carreras, fue enviado en misión diplomática al Paraguay, de donde nunca regresaría. Y dejó claro que no pensaba transar con los que consideraba traidores a la Patria : “No puede haber paz, declaró, hasta la destrucción o completa sumisión del enemigo”.

Su preocupación central fue la guerra; pero adoptó también algunas medidas económicas de importancia. Para enfrentar una corrida contra el Banco de Mauá, que había emitido billetes por cantidades muy superiores a lo que lo autorizaba la ley, el gobierno decretó la inconvertibilidad y el curso forzoso, al tiempo que exigía a ese banco y al Comercial que se le concediera un préstamo para gastos de guerra de 250.000 pesos cada uno. Mauá aceptó, pero el Comercial se resistió tanto al curso forzoso (continuó convirtiendo en oro todos sus billetes) como al préstamo.

El 6 de mayo llegó a Montevideo José Antonio Saraiva. Después de conversar en privado con su compatriota el barón de Mauá, que le recomendó suavizar los términos en su negociación con el gobierno oriental, Saraiva se reunió el día 12 con el presidente Aguirre. En tono amable, le aseguró la amistad del emperador y le dijo que portaba un pliego de reclamos en los que el presidente interino no debía apreciar intento alguno de coacción. Pero cuando el día 18 presentó dicho pliego al entonces ministro de Relaciones Exteriores, Juan José de Herrera, quedó claro que la realidad era bastante diferente a los modales versaillescos. Si alguna duda había, la despejó el barón de Tamandaré, almirante de la escuadra imperial, que ocupó el puerto de Montevideo con barcos de guerra en esos mismos días.

Saraiva presentó 63 reclamaciones que eran una agresión directa a la soberanía nacional, y algunos de los agravios esgrimidos correspondían al tiempo en el que el presidente del país era nada menos que Venancio Flores. Ya se ha señalado la respuesta altiva y radical del gobierno a la insolencia imperial. Saraiva viajó entonces a Buenos Aires y mantuvo una reunión con el canciller

Rufino de Elizalde, a efectos de sondear la posición del gobierno argentino ante una eventual intervención armada del Brasil en Uruguay. En todas esas negociaciones estuvo presente el ministro británico Edward Thornton. En junio Thornton, Elizalde y Saraiva, junto al representante oriental en Buenos Aires Andrés Lamas, viajaron a Montevideo, a intentar una mediación entre el gobierno de Aguirre y Flores. Se reunieron con el canciller Herrera y llegaron a un acuerdo : deposición de las armas, amnistía general, reconocimiento de los grados militares de los sublevados y elecciones. Pero Flores, que se sabía ganador, puso condiciones cada vez más duras, y la mediación se dió por terminada. Elizalde y Saraiva regresaron a Buenos Aires junto a Andrés Lamas, que había mantenido una postura de colaboración con las presiones, razón por la cual el gobierno de Aguirre lo destituyó.

Las acciones bélicas del Brasil comenzaron inmediatamente. El barón de Tamandaré, al frente de la escuadra (12 barcos de guerra), bloqueó el puerto de

Montevideo y remontó luego el río Uruguay para apoyar a Venancio Flores ; en setiembre Joao Mena Barreto invadió territorio oriental al frente de 7.000 hombres, que luego llegarían a ser más de 10.000, y se apoderó de Melo. Flores sitió la ciudad de Florida, cuya guarnición presentó una tenaz resistencia, y luego de un breve sitio a Montevideo marchó hacia el oeste, tomó Trinidad y Mercedes, ocupó la ciudad de Salto, y avanzó sobre Paysandú. Allí se produciría el episodio más sangriento de la guerra.

Aguirre sabía perfectamente que su causa estaba perdida ; pero puso por delante de cualquier consideración de conveniencia o seguridad la defensa de la nación agredida, lo que confiere a su figura histórica un ribete trágico. El último presidente blanco del siglo XIX fue quien de manera más firme sostuvo la causa, perdida pero justa, de la legalidad democrática y la soberanía. Ello realza su sitio en la historia y le confiere dignidad heroica.

La heroica defensa de Paysandú cargó de orgullo y vana esperanza al gobierno entero, y en particular al presidente Aguirre. Y éste tomó una decisión extraordinariamente corajuda: decidió quemar en la plaza pública los tratados firmados por Andrés Lamas con el Imperio de Brasil en 1851, que tan caro había costado al país. El 15 de diciembre, luego de aprobar un decreto por el que se ascendía a general a Leandro Gómez, se declaraba Beneméritos de la Patria a los defensores de Paysandú y se establecía que quedaban “rotos, nullos y cancelados” los mencionados acuerdos, “arrancados violentamente a la

República”, el presidente organizó y encabezó la ceremonia. “Aguirre se levanta, narra el historiador Carlos Muñoz Gutierrez, como un abanderado de ideales y rebeldías sobre la cruenta realidad de su inevitable derrota. Apostrofa al imperio agresor y arroja sobre su corona las cenizas estigmatizadas de los inicuos tratados leoninos arrancados a la desunión de los orientales en aciaga hora. En la plaza Independencia, entre el aletear de las banderas y al son del Himno Nacional, en presencia del gobierno en pleno y la guarnición militar de Montevideo, una delirante muchedumbre oriental arroja a las llamas, en un brasero, los pliegos infamantes. Fuego sagrado de la Patria encendido en la costa del Plata por una chispa de la hoguera que ardía en Paysandú.

Fracasado un intento de contraatacar sobre territorio imperial, a cargo de Angel Muñoz y Timoteo Aparicio, y frustrados los últimos intentos de conseguir apoyos exteriores por parte de Urquiza y del propio gobierno británico (Aguirre envió a Londres a Cándido Joanicó a pedir auxilio ante el peligro de que Uruguay fuera anexionado por Brasil), la derrota fue un hecho ; el 15 de febrero, cumplido su año de interinato presidencial, Atanasio Aguirre entregó el mando a Tomás Villalba y marchó al exilio ; su gloriosa gesta tocaba a su fin. Se asiló en la cañonera española Vad-Ras y más tarde, junto a su esposa, viajó hacia la ciudad argentina de Paraná en el vapor Tevere. El 20 de febrero, aniversario de Ituzaingó, Flores, al frente de tropas en su mayoría brasileñas, hizo su entrada triunfal en Montevideo. Atanasio de la Cruz Aguirre y Aguado volvió a su patria en mayo de 1867, ya muy enfermo, y vivió en su quinta familiar del Reducto hasta que lo sorprendió la muerte, el 28 de setiembre de 1875. El país aún debe a este mandatario trágico y bravío el homenaje que su firmeza nacionalista le ganó con creces. Es en su memoria que debe arder hoy, como ayer, el fuego sagrado de la Patria.

*

Lincoln Maiztegui Casas.

E. Jorge Arin Ayphassorho



Atanasio Aguirre y Aguado